



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE216699

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Dedicadas a Dios

En el mes de febrero, en el que la Iglesia celebra la Jornada de la Vida Consagrada, *Donne Chiesa Mondo* aborda el tema de las nuevas comunidades religiosas femeninas y lo que impulsa a una mujer a fundar hoy una congregación, un monasterio o una familia eclesial. Un estado de vida que el lenguaje común define con un genérico “monjas” o “religiosas”, signo de una autonomía femenina que incluye muchas expresiones como la vida activa, institutos seculares, contemplativas, eremitas, vírgenes consagradas en el mundo... que profesan los mandatos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, en público o en privado.

La Vida Consagrada se renueva continuamente. Especialmente en Occidente, junto a las formas tradicionales, nacen nuevas comunidades que miran a la Iglesia primitiva “dejando de lado las distinciones y estructuras jurídicas que antes constituían uno de los pilares de la Vida Consagrada. La característica principal es que son mixtas, un único instituto donde hombres y mujeres viven y rezan juntos y no dos comunidades separadas”, explica el padre **Giancarlo Rocca**, paulino y uno de los mayores expertos en el mundo de los religiosos. Las historias vocacionales hablan no solo de fe sino de una opción de vida global: la respuesta a la llamada incorpora también el deseo de llevar ayuda a quienes se encuentran en dificultades debido a la pobreza, las vicisitudes personales y políticas, persecuciones y enfermedades. Cuando sor **Paisie** ya era misionera de la Caridad de la Madre **Teresa** asegura que “el Señor me pidió que lo guiara hacia los niños de la calle de Haití”. Entonces fundó la familia Kizito en Cité Soleil, el barrio pobre de Puerto Príncipe.

Dentro de los monasterios y conventos, la contemplación y la escucha nunca se han considerado ociosidad. El *ora et labora* y la elección de la reclusión se reivindica como un acto de libertad. Sor **Mirella Soro** escribe: “No entramos en el monasterio simplemente para rezar... La comunión de vida es para nosotras una verdadera forma de objeción de conciencia contra las guerras y divisiones que hieren la historia: tratamos de vivir entre nosotros lo que soñamos para el mundo”. Luego, las limitaciones de movimiento se compensan con teléfonos y redes sociales que abren ventanas al mundo.

Donne Chiesa Mondo cuenta también la historia de una fundadora espiritual canonizada el 11 de febrero. Es la laica consagrada **Mama Antula**, que en el siglo XVIII contribuyó a cambiar la política de su país hasta el punto de ser considerada madre de la Patria. Es la primera santa de Argentina.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Sínodo, segundo acto

La religiosa y madre sinodal comparte sus esperanzas sobre la asamblea de octubre

XISKYA VALLADARES

Si tuviera que definir el Sínodo con una palabra, esa sería esperanza. La esperanza en una Iglesia renovada por el Espíritu Santo y enviada para la misión al mundo de hoy. Quizás no suene novedoso, no debería, pues algo similar ya ocurrió en el ajetreo de Pentecostés hace miles de años, y seguirá ocurriendo en la Iglesia hasta que **Jesús** vuelva. Pero la novedad es esa: Un *kairós* donde un grupo de personas, venidas de muchos países del mundo, con realidades muy distintas, sentadas en mesas redondas, en oración y con paz, tratando temas muy variados, llegan a la armonía, que es “vínculo de comunión entre partes disímiles”.

Aunque esto parezca poco, es muchísimo, dentro de un mundo y una institución, no acostumbrada a escuchar siempre. Es verdad que no todo han sido convergencias y muchos temas requieren estudios ulteriores que el Papa decidirá. Pero es que el Sínodo es sobre la sinodalidad. El tema central es el cómo la Iglesia puede recuperar la sinodalidad, una idea que viene del Papa **Pablo VI**. El objetivo del Sínodo es concretar de qué modo la Iglesia puede lograr una mayor comunión en el Pueblo de Dios (la armonía en el Espíritu) y una mayor participación de todos, para la misión en el mundo de hoy. Lo mejor para trabajar esto era experimentarlo y es lo que hicimos. El método de la conversación en el Espíritu era el más adecuado.

Fue lo que vivimos el mes de octubre pasado. Personas muy diversas por su origen, su labor y su visión, conversando en ambiente de oración, con la finalidad de discernir juntas. Puedo asegurar que el ambiente fue de oración y fraternidad, aun en medio de las divergencias. Estamos acostumbrados a los gritos e insultos de los políticos y por eso es difícil imaginarlo cuando no se ha vivido. En lo personal, cambió mi visión de la Iglesia y como consecuencia descubrí que la sinodalidad es la receta para un mundo roto.

1. Promoción valiente de la paz y los derechos humanos. En un mundo en guerra, plagado de desafíos y conflictos, la imperiosa necesidad de que nos com-

prometamos en la promoción valiente de la paz y los derechos humanos adquiere una relevancia vital. La paz y los derechos humanos como deberes individuales que requieren acción y coraje. Que no implica solo la ausencia de conflictos, sino también la presencia activa de la justicia y la libertad. Así como el respeto y la protección de los derechos humanos también demandan valentía para desafiar la injusticia y luchar por la dignidad de cada ser humano, independientemente de su origen, género, o creencias.

El Papa **Francisco** nos ha dicho: “Cada uno de nosotros, en su corazón, tiene la responsabilidad de hacer algo para construir la paz”. La sinodalidad nos ayuda a escuchar a “todos, todos, todos”, para conocer los puntos ciegos que todos tenemos y entendernos mejor, ayudarnos mutuamente.

2. Compromiso con la justicia social y la promoción de los más pobres. En la búsqueda de un mundo más justo y equitativo, urge que como Iglesia nos comprometamos con la justicia social y la promoción de los más pobres. La justicia social no es simplemente un concepto abstracto, sino un llamado a la acción concreta para abordar las desigualdades que afectan a tantas personas en el mundo. La Iglesia tiene la responsabilidad de cuestionar las estructuras injustas, de abogar por la igualdad de oportunidades y de trabajar en la eliminación de las barreras que perpetúan la marginación de los más pobres y vulnerables. Este compromiso implica alzar nuestra voz, participar activamente en la creación de condiciones que permitan a todos disfrutar de una vida digna, sin importar su posición social, económica o cultural.



El Papa Francisco ha afirmado: “No podemos resignarnos a pensar que la caridad y la solidaridad sean un deber de los demás”. La caridad cristiana nos obliga a la promoción de los más pobres. No es algo que pueda ser delegado a otros; es una llamada individual a reconocer y abordar las injusticias que afectan a nuestros hermanos. Es imposible que seamos sinodales si no somos pobres, despojados de autoritarismo, confiados en la Providencia, humildes y sencillos, y si no luchamos por la promoción de estos.

3. Reconocimiento visible de la dignidad bautismal de toda mujer. Nos apremia reconocer con hechos la dignidad bautismal de toda mujer y su lugar fundamental en la Iglesia. El respeto y la valoración de las mujeres deben ir más allá de las palabras y manifestarse ya en acciones concretas, excluyendo incluso los micro machismos. Las mujeres, como seres humanos dotados de dones y talentos, merecemos participar plenamente en la vida de la Iglesia, ocupando espacios significativos y contribuyendo con nuestra perspectiva única al fortalecimiento de la Iglesia.

El Papa Francisco ha reconocido que “una Iglesia que excluye a las mujeres es

una Iglesia estéril, porque está privada de la madre”. La Iglesia puede llamarse sinodal cuando la participación real sea verdaderamente de todos. La voz femenina en la Iglesia es necesaria para consolar, curar y serenar a tantas personas del Pueblo de Dios que sufren.

4. Lucha por el cuidado de la Casa Común. La urgencia de luchar con acciones concretas por el cuidado de la Casa Común es hoy un llamado imperativo para la Iglesia en un momento en que la crisis ambiental y la desigualdad social se entrelazan de manera muy compleja. Cada acción que perjudica a nuestro entorno natural tiene consecuencias directas en la vida de aquellos que son económicamente marginados y carecen de recursos para enfrentar los impactos adversos del cambio climático y la degradación ambiental.

El Papa Francisco dice: “El grito de la tierra y el grito de los pobres son el mismo grito”. Muchos niegan el cambio climático, pero sus efectos devastadores son evidentes. Por eso, la sinodalidad pasa por el cuidado de la Casa Común que implica no solo la preservación de los recursos naturales, sino también la defensa de los derechos y la dignidad de los más desfavorecidos. Tenemos que sentarnos con personas de otras religiones, culturas o ideologías y buscar soluciones juntos.

5. Apertura hacia al diálogo y la restauración de todas las víctimas de abusos. Es imposible ser testigos de Jesús ante el mundo mientras seamos una Iglesia dividida, polarizada y, además, continuemos ocultando casos de abusos. Esto ha afectado la credibilidad y la integridad de la Iglesia. Necesitamos escuchar a las víctimas y a los que piensan diferente. La comunión emerge como un antídoto esencial contra las polarizaciones destructivas. La sinodalidad es eminentemente apertura al diálogo, discernir juntos la voluntad de Dios y fomentar un entendimiento que nos permita vivir la comunión, entendida como un intercambio profundo y respetuoso.

Por todo esto, el Sínodo de la sinodalidad me llena de esperanza, me permite creer que estamos en un proceso eclesial que nos hará más auténticos, más sencillos, más abiertos al amor, como Jesús. Y estos 11 meses son una espera activa, como un embarazo, en que espero los frutos del Espíritu Santo actuando en su Iglesia.



Caterina Volpicelli

Caterina Volpicelli (Nápoles, 21 de enero de 1839 – Nápoles, 28 de diciembre de 1894)

nació en el seno de una familia de clase alta. Fundó de la congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Santa **Caterina Volpicelli**. No le resultó fácil obtener la aprobación de la Santa Sede para su labor que, a diferencia de las órdenes religiosas femeninas de la época dedicadas sobre todo a la contemplación y a las obras caritativas, surgía para el apostolado y la santificación de las almas. Su misión era difundir el Evangelio permaneciendo entre la gente. Por eso se la llama la santa de los “bajos”, las pequeñas casas de planta baja típicas del centro histórico de Nápoles, icono de la miseria de los estratos sociales más marginados de la ciudad.

Desde sus orígenes, el Instituto tuvo tres ramas, una religiosa (no vestían un hábito específico) y dos laicas. Las Siervas, que hacen votos religiosos; las Siervas, consagradas en el mundo; y las Siervas Agregadas, que son esposas y madres de familia. La participación del laicado, junto con el estudio de la teología y el servicio a la Iglesia con espíritu apostólico, son rasgos específicos que ya anticipaban casi un siglo antes las innovaciones del Concilio Ecuménico Vaticano II. Caterina Volpicelli es santa desde el año 2009.



Así es la nueva vida consagrada

Volver a la esencia es el desafío de las realidades emergentes

VITTORIA PRISCIANDARO

Los primeros nombres son los de nobles romanas como **Sabina**, o de mujeres jóvenes como **Prudenciana** y **Práxedes**, mártires en nombre del ideal de vida que habían elegido: ascesis, oración y estudio de la Escritura. En tiempos de Jesús hablamos de mujeres anónimas y ascéticas, como las hijas de **Felipe** que viven siendo vírgenes en su propia casa, y las discípulas de **Pablo**. En su historia encontramos los primeros rastros de vida consagrada femenina. A lo largo de los siglos, monjas, religiosas y apóstoles laicos seguirán respondiendo, Evangelio en mano y con diferentes fórmulas, a las preguntas que la vida y la sociedad se plantean. A veces se les ha visto con sospecha o algo peor. Como **Teresa de Cepeda y Ahumada**, “mujer inquieta, errante, desobediente y contumaz” para el nuncio apostólico **Filippo Sega**. Ella, Santa **Teresa de Ávila**, es Doctora de la Iglesia desde 1970. Hoy las nuevas experiencias de consagración miran hacia adelante, más que hacia atrás, sin identificarse con antiguas fórmulas eclesiales. “No quieren ser Órdenes, ni Congregaciones religiosas, ni Institutos seculares ni Sociedades de vida común. En el centro está el deseo de volver a la experiencia de los Hechos de los Apóstoles y a la comunidad de vida, dejando de lado las distinciones y estructuras jurídicas que antes constituían uno de los pilares de la vida consagrada. La característica principal es que son mixtas, un único instituto donde hombres y mujeres viven y rezan juntos, y no dos comunidades separadas”, afirma el sacerdote **Giancarlo Rocca**, paulino, uno de los mayores expertos en el mundo religioso, autor de numerosas publicaciones y de un censo de nuevas comunidades publicado por la Urbaniana en 2010 y que se actualiza periódicamente. El texto presenta alrededor de 800 realidades, desde 1960 hasta hoy, incluidas aquellas que han desaparecido, porque, explica el autor, han intentado trazar un nuevo camino.

“Si consideramos la presencia hombre-mujer de manera absoluta serán alrededor de cincuenta. Hoy hablaría de 600-700, arraigados en el mundo occidental”. Del censo se desprende que se trata de entidades que alcanzaron el pico de sus fundaciones en las décadas 1970-80 (190) y 1980-90 (222). El mayor número nació en Estados Unidos (205), Italia (200), Francia (161), Canadá (47), Brasil (44) y España (20). Faltan datos de América Latina, Asia y África, donde las “formas típicas” de vida consagrada resisten, porque la vida religiosa, como en el siglo pasado en Occidente, sigue siendo fuente de emancipación porque ofrece a las mujeres la posibilidad de estudiar y trabajar. Según el anuario pontificio de 2023, de 608.958 religiosas profesas, el 33% vive en Europa, aunque con una edad media muy avanzada; sigue Asia (175.494 consagradas); y América (145.206). En comparación con 2020, hay un descenso general del 1,7%. Afecta a Europa, América y Oceanía (-3,5%), mientras que crece el número de religiosas en África y Asia, que pasa del 41,1% al 42,3%. En el volumen sobre nuevas comunidades las cifras provienen de censos locales, publicaciones, artículos e internet, datos verificados mediante el contacto directo. No hay otros datos porque el Dicasterio que se ocupa de la vida religiosa no facilita ninguno, ya que se trata de “formas atípicas” respecto a las establecidas por el Derecho Canónico.

Familia eclesial

La fórmula que se utiliza a nivel oficial para algunas de estas nuevas realidades, desde hace unos treinta años, es la de “familia eclesial” que está ligada, por un lado, a la inmensidad de la familia monástica medieval donde bajo la autoridad del abad convivían conversos, siervos, oblatos... y, por otro, a la experiencia de los “monasterios dobles” que se prolongó durante varios siglos (entendiendo por familia un grupo masculino y otro femenino, donde



no todos los miembros están consagrados). Una definición que se queda corta para realidades nuevas porque así “ya no existe la aprobación como un solo instituto, sino que el grupo de hombres y el grupo de mujeres se convierten en dos institutos independientes, unidos por un presidente que no puede mandar internamente en cada instituto”. Mientras en el pasado Congregación aceptaba que el coordinador general fuera una mujer siempre que el vicario fuera un sacerdote o viceversa, ahora el Dicasterio no lo estima posible.

Las raíces de estas nuevas realidades se inspiran en las grandes experiencias espirituales patrimonio de la Iglesia—influencias jesuíticas, franciscanas, dominicanas— otras tienen sus raíces en el movimiento carismático o en la experiencia de Medjugorje. Muchas fueron fundadas por personas casadas y jóvenes, de 35 a 40 años. Desde hace tiempo se espera un documento del Vaticano con una declaración oficial.

La entonces Congregación ha organizado tres congresos internacionales para perfilar algunos elementos comunes, positivos y menos positivos. Rocca enumera algunos de ellos. Por ejemplo, los pros y contras de la vida común de hombres y mujeres juntos, de la multivocacionalidad y de la presencia de personas consagradas, de matrimonios, de laicos, en definitiva, estados de vida diferentes. Otra característica de las nuevas realidades es que no tienen obras educativas u hospitalarias específicas como antiguamente, es decir, no realizan un apostolado como comunidad. Algunas consideran el compromiso de los



miembros como un trabajo voluntario que se decide a nivel personal privado, con votos renovables cada año o por tiempo indefinido, que puede disolverse a nivel personal, sin intervención de la autoridad eclesiástica externa. Se privilegia la presencia en la Iglesia local lo que supone la recuperación de la *diocesanidad*.

En estas realidades es central la vida de oración comunitaria y personal, la obligación de la vida común y la visibilidad exterior, adoptando el hábito religioso. En algunos aspectos “van por delante, porque para las mujeres existe la posibilidad de predicar, de ocupar cargos dirigenciales, de dar dirección espiritual o de impartir ejercicios espirituales. Tienen un gran sentido de la hospitalidad y del compartir y se preocupan por la cultura. Como todas las realidades nacientes, pueden correr el riesgo de cierto fundamentalismo”. Las nuevas comunidades, explica Rocca, están avanzando, pero aún no hay un reconocimiento oficial. “No hacen depender su vida del reconocimiento. Y siempre se fundan otras nuevas. Cuando el Vaticano reconozca las nuevas estructuras, entonces verán cómo configurarse jurídicamente, como sucedió con las congregaciones religiosas y los institutos seculares”.

Durante mucho tiempo, los miembros de los nuevos institutos no fueron reconocidos ni como religiosos ni como religiosas, porque el criterio vaticano estaba ligado a los votos solemnes y a la regla de vida. Y continuaron con su labor, aunque su reconocimiento se produjera más tarde. “Lo importante era la vida, la consagra-

ción y el apostolado, no el reconocimiento oficial. La Congregación de los Religiosos aceptó los votos temporales e intervino para suprimirlos (la profesión se hacía con la fórmula ‘mientras permanezca en el instituto’) después de 1920”, concluye Rocca. Hay ejemplos como el de las Hijas de la Caridad de San **Vicente de Paúl** y **Luisa de Marillac**. Ante la elección impuesta por **Pío V**, que en 1566 con la bula *Circa pastoralis officii* decretó que las verdaderas religiosas fueran solo monjas de clausura, optaron por dedicarse a cuidar de los pobres haciendo votos privados cada año.

Virtudes viriles

En Roma existían las oblatas de Tor de' Specchi, con Santa **Francisca de Roma**, dedicadas a la contemplación y la caridad. “También había sitio para ellas”, comenta **Grazia Loparco**, historiadora y profesora de la Facultad Auxilium, miembro del Comité de dirección de *Donne Chiesa Mondo*. “Esta variedad es propia de la vida religiosa femenina: cuando sienten que hay formas que responden a una llamada, las mujeres saben defender sus razones frente a los cánones de la Iglesia. Renuncian al reconocimiento formal, porque ante todo está el interno. Es evidente en la modernidad, con las congregaciones religiosas femeninas. Pienso en **Caterina Volpicelli**, **Clelia Merloni** o **Francesca Cabrini**, mujeres que sienten la urgencia de dedicarse a la misión educativa o caritativa, como expresión de su fe”. La memoria se remonta más atrás, a las mártires cristianas que reforzaron el testimonio femenino en la comunidad: “Los

obispos en los primeros siglos tuvieron que admitir que las mujeres, consideradas frágiles y no a la altura de los hombres, tenían virtudes “viriles”, en el sentido de que el Espíritu Santo les daba fuerza ante las pruebas. La virginidad y el martirio eran la combinación ganadora”, afirma Grazia.

¿Y hoy? Más de 400 institutos han desaparecido desde el Concilio y en los últimos años el Dicasterio contabiliza unos 500 institutos, en su mayoría femeninos, que están en vías de extinción. Los problemas van desde el cuidado de las monjas ancianas hasta la reutilización de las propiedades. Si los carismas permanecen, el servicio parece agotarse con los años.

Según Loparco, “un hecho recurrente en la Iglesia es que cuando aparecen nuevas formas que parecen más sensibles a las necesidades del presente, no supone la eliminación de las anteriores. Las congregaciones religiosas del siglo XIX no sustituyeron a los monasterios, que fueron la primera forma de vida común para las mujeres consagradas. Han disminuido, pero todavía existen. Porque en esa forma de vida encuentran sentido las personas que se sienten impulsadas a seguir al Señor. En el siglo XX llegaron los institutos seculares que prescindieron del hábito religioso, de la vida comunitaria o de las actividades realizadas en común y se centraron en el testimonio personal en la vida cotidiana, no supusieron la eliminación de las formas anteriores”, afirma Grazia. Hoy son necesarias las Congregaciones activas en contextos donde el Estado es incapaz de atender las necesidades de las personas, “principalmente de los más desfavorecidos y en especial de las mujeres. Es la razón por la que nacieron en el siglo XIX y su importancia en las periferias del mundo”.

Está cambiando una forma o un tipo de vida religiosa, pero aún no está claro hacia dónde va. La forma o estructura varía, pero la vida ascético-religiosa continúa. Y las nuevas comunidades “responden a las formas de pobreza de contextos desarrollados y espiritualmente ‘anémicos’ y se centran en la vida común, el acompañamiento espiritual, la escucha y el diálogo. Y esto habla del Evangelio, de vocaciones personales para la edificación de la Iglesia”, asegura Loparco. Expresan un elemento profético: “Son hombres y mujeres que, en nombre del Evangelio, viven una comunión y una misión superando los conflictos presentes en la sociedad. Hoy la vida religiosa es signo de que es posible trabajar y vivir juntos, fundamentados en la fe, caminando hacia una única misión”.



Una llamada compartida

FRANCESCO GRIGNETTI

Oasis de Paz es una comunidad romana de hombres y mujeres

El follaje plateado de los olivos se mueve suavemente con el viento de las colinas a las afueras de Roma. Una carretera rural sube desde la Via Salaria, la antigua vía consular romana. Los carteles indican la cercana abadía de Farfa, que fue un bastión religioso en la Edad Media. Y aquí hay una puerta moderna, con una gran estatua de San José a la izquierda y de San Miguel Arcángel a la derecha. Es el signo de bienvenida de la Comunidad Mariana-Oasis de Paz. A ella pertenecen hombres y mujeres de distintos estados de vida. Según el Código de Derecho Canónico, la Comunidad es una asociación pública de fieles de derecho diocesano, en vías de ser reconocida como Familia eclesial de vida consagrada. Los consagrados y consagradas aún pronuncian votos privados, y todos, hermanos y hermanas, tanto los consagrados de vida común como los laicos y cónyuges, comparten el mismo objetivo espiritual que resumen así: “Interceder por la paz y alcanzar la paz en todo lugar y situación, bajo la guía de María”.

Estamos en Passo Corese, un pueblo de poco más de 6.000 habitantes en el municipio de Fara in Sabina, provincia de Rieti. Nos da la bienvenida el padre **Martino Lizzio**, director general de las Comunidades-Oasis de Paz. “Bienvenido”, dice con una amplia sonrisa y un apretón de manos. Y nos deja en compañía de su

vicaria, que actúa como nuestra guía. Sor **Daniela Veltri** estudiaba psicóloga y le llamó la atención una misión comunitaria en su municipio. Señala con la mano los edificios de una sola planta, hechos de ladrillos rojos, formando un gran cuadrilátero. En el centro preside una gran estatua de la Virgen. “Empecemos desde aquí, porque aquí es donde empieza todo”, afirma. Quien planeó y construyó esta comunidad tenía muy presente el ejemplo del pasado. Todo es moderno: las casas, los paseos, la estatua. Pero tiene un aire antiguo. Por supuesto, estamos en el tercer milenio y aunque estamos en el claustro de un monasterio, hay paneles fotovoltaicos en los tejados.

Una comunidad mixta

Los hermanos y hermanas de la comunidad se mueven silenciosamente a nuestro alrededor. El hermano **Mathias da Silva** acaba de preparar el café. Una hermana anciana sale de la capilla donde concluyó su hora de adoración. Hombres y mujeres juntos, de muchos orígenes y lenguas. Y no solo hay personas consagradas. También hay un anciano no consagrado rezando en la capilla. Esto es lo que llama la atención al llegar: una comunidad mixta “basada en el diálogo, el respeto y la paz interior, sin negar el esfuerzo que esto supone”. Desde sus orígenes, la comunidad ha estado formada por hombres y mujeres. Viven

juntos su consagración. “Esto también es un testimonio de paz”, indica sor Daniela. La configuración jurídica de la comunidad prevé que tanto un hombre como una mujer puedan ejercer la autoridad. Y, de 2001 a 2013, después del padre fundador, la comunidad estuvo dirigida por una Responsable general, la madre **M. Valentina Fregno**. “Los demás servicios y ministerios para la vida y misión de la comunidad pueden ser conferidos indistintamente a un consagrado o a una consagrada”, explica.

Para entender cómo empezó todo debemos partir de Medjugorje, en Bosnia-Herzegovina, en la primera mitad de los años 1980. Leemos en una historia de la comunidad: “Muchos quedaron conmovidos por el encuentro con la Reina de la Paz, **María**, por así decirlo, ‘los encontró’ en una encrucijada de la vida y los llevó al autor de la paz, Jesús”. Entre otros estaba un sacerdote pasionista de Verona, **Gian-ni Sgreva**. Un hombre culto, experto en patristica, curioso sobre lo que sentía que estaba sucediendo en Medjugorje, pero no del todo convencido. Sor Daniela recuerda que “el padre Sgreva quedó conmovido por la gracia de aquella tierra. Intentó dirigir a esos jóvenes en algunos monasterios, pero regresaron a él. Tuvo así la intuición de crear espacios de oración que pudieran facilitar el encuentro del hombre con Dios, ‘clínicas especializadas para enfermos del corazón’, como le gustaba llamarlos”.

Francesca Cabrini

Francesca Saverio Cabrini (Sant'Angelo Lodigiano, 15 de julio de 1850-Chicago, 22 de diciembre de 1917) es la patrona de los migrantes. Italiana nacionalizada estadounidense, en 1946 se convirtió en la primera ciudadana estadounidense declarada santa. A los 30 años fundó la primera Congregación femenina no dependiente de ninguna rama masculina y, sobre todo “misionera”, novedad absoluta para los institutos religiosos femeninos de la época. Para financiar sus obras, inauguró un verdadero método empresarial, nuevo para la Iglesia, que consistía en atraer inversiones en lugar de donaciones.



La comunidad organizó allí la Nochevieja de 2024 en forma de ejercicios espirituales itinerantes. Para el próximo año, la esperanza es realizar una peregrinación a Tierra Santa. El año pasado en Bolonia, la Comunidad organizó una misión popular que se volvió intercarismática. La misión implicó a distintas realidades eclesiales y parroquias del centro histórico. Participaron personas consagradas, cónyuges y jóvenes con momentos de oración y diálogo, visitas a hogares y lugares de trabajo y encuentros de jóvenes. “Muchas iniciativas para difundir la paz”, explica sor Daniela.

Un camino entre los árboles conduce a la gran capilla del Crucifijo, con una estatua de gran realismo. Sor Daniela concluye: “Quien viene a quedarse con nosotros –puede ser un fin de semana, un período más largo o está la fórmula ‘Tres meses para mí’– comparte la oración, la mesa y también el trabajo de la tierra. Esta tierra también nos muestra un camino hacia la paz. Como dice el Papa Francisco, somos huéspedes de la Creación, no los dueños”.

Así nació el primer Oasis, el 18 de mayo de 1987 en Priabona, en la provincia de Vicenza. Tres años más tarde, la diócesis suburbicaria de Sabina-Poggio Mirteto concedió el primer reconocimiento eclesial. Y ahora estamos aquí, entre doce hectáreas de olivos, regalo de un benefactor a la comunidad. Hay casas bajas de ladrillo que rodean la estatua de la Virgen. Salas comunes, dependencias separadas para hermanos y hermanas, enfermería para los mayores, espacios para recibir invitados, biblioteca, cocina y refectorio. El ambiente es mixto. Por ejemplo, en la comunidad de Passo Corese hay 22 personas consagradas, de las cuales 9 son hermanos y 13 hermanas. En el mundo existen otras seis comunidades marianas con 80 consagrados entre Italia, Bosnia-Herzegovina, Brasil y Camerún, con centros de espiritualidad que han demostrado ser “oasis de paz” para muchos, y la gestión de importantes santuarios marianos en Quixadá (Brasil), Mbalmayo (Camerún) y Deliceto (en el sur de Italia).

La vida está marcada por la oración y la contemplación. “Somos una comunidad fundamentalmente contemplativa, pero no desencarnada. Hay mucho trabajo para todos”, afirma sor Daniela. Y mucha oración. “Que para nosotros no es una espiritualidad vacía, sino un camino de reconciliación con Dios, con nosotros mismos, con los demás”. Son tiempos difíciles para la paz. Sin embargo, nunca antes la exigencia, el anhelo de comenzar con la propia pequeña existencia, ha sido tan grande como ahora, “y así es como se puede lograr la paz entre los pueblos y las naciones”. La Comunidad está generando un interés sorprendente en muchos. No en términos de vocaciones, ya que las cifras han disminuido en comparación con los comienzos abrumadores de hace treinta años, sino entre los no consagrados. Cada mes hay un encuentro dedicado a los recién casados y vienen de todas las edades. Y luego están los jóvenes.

Al Oasis pertenecen hombres y mujeres en distintos estados de vida: consagrados de vida común, incluidos algunos sacerdotes, consagrados seglares, cónyuges y jóvenes. El carisma de la paz es la meta espiritual de todos, incluso si los miembros de la Comunidad viven cada uno en su propio ambiente. Los consagrados viven en centros espirituales llamados “Oasis de Paz”. Los consagrados seglares y los cónyuges en el lugar de trabajo y en sus hogares. Se reúnen una vez al mes con otros miembros de la familia de la Iglesia para la formación y oración. La comunidad ofrece un plato de pasta, el resto viene con los visitantes que comparten los platos. Sor **María Gabriella Turrin** escribió así en uno de los últimos números de la revista *Comunidad* para explicar la regla: “Así como en casa se aprende a acoger y a amar, así en la comunidad se aprende a vivir juntos acogiendo las diferencias de edad, carácter, personalidad y cultura y maduramos juntos”.

Experiencia de encuentro

Decidimos juntos. Por ejemplo, cada miércoles los consagrados y consagradas se reúnen para afrontar los problemas de la vida cotidiana y los desafíos del futuro. Se experimentan nuevas formas de vida en común. Una experiencia que desde 2019 forma parte del Foro de Nuevas Formas de Vida Consagrada, un grupo de reflexión creado para responder a las solicitudes del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, encaminado a profundizar desde el punto de vista teológico y jurídico la identidad de las distintas realidades eclesiales, los elementos de novedad y la aportación a la Iglesia y al mundo. Caminar por el gran claustro de la Comunidad nos ayuda a comprender mejor esta realidad. “Medjugorje –dice sor Daniela– es una experiencia, no un lugar, una experiencia de encuentro con el amor de Dios que tratamos de fomentar de diversas maneras”.





¿En clausura para ser libre?

Hace poco, y después de haberme hecho muchas preguntas sobre nuestra vida en el monasterio, **Anna** exclamó: “¡Yo no lo llamaría clausura, sino comunidad!”. Con su luminosa intuición, esta joven de 22 años supo resumir lo que pudo vivir con nosotras durante una jornada. “Lo has entendido: nuestra vida es justamente esto, ¡comunidad!”, exclamé.

Cuando hace veinticinco años aparecí en el umbral de la vida contemplativa, tímidamente y por casualidad, cambié el nombre a esta realidad. Porque percibía la clausura como una verdadera “apertura” a partir de los gestos, la mirada y la forma de pensar de las religiosas que había conocido. Todas iban más allá de los confines del monasterio para abrazar el mundo de una manera inesperada y creativa. ¡Tan real y tan viva! Quedé impresionada. Fascinada. ¡No eran personas inadaptadas o anticuadas! Frente a mí había mujeres reales.

Desde mi mentalidad curiosa e inquieta, esto no era poca cosa. Podría haber encontrado mujeres ascéticas y espirituales, pero demasiado “etéreas”, demasiado alejadas de mi mundo y muy diferentes. En cambio, descubrí con gozosa sorpresa que ellas en el pasado habían experimentado situaciones similares a la mía. Habían “probado” la vida ordinaria de la gente corriente y la encontraban excitante, maravillosa y atractiva. Habían optado en cierto momento por dejar los caminos deseables en favor de un camino que percibían como más atractivo. Se habían dejado encontrar por el infinito y lo habían abrazado. No estaban satisfechas con lo que ya habían encontrado y comprendieron que su ple-

Una dominica comparte cómo descubrió su vocación a la vida contemplativa

MIRELLA SORO

nitud estaba en otra parte donde había que ir. Esta elección había echado raíces y florecido en ellas.

Estas mujeres, tan reales y tan vivas, habían ido contra la corriente. ¡Eran personas normales! No es difícil pensar en ellas como esposas y madres. Eran capaces de emocionarse, de jugar, de reír y llorar. Conocían el mundo mejor que yo. Pero tenían una ventaja. Me di cuenta en esos cinco días en los que vine al monasterio para un retiro para jóvenes y durante los cuales compartí su vida, un espacio interior inmenso y abierto. La palabra “clausura” tomó para mí otro significado. Era sinónimo de libertad, de lugar vital de intimidad con Dios y de aceptación mutua entre las personas. Era un espacio en el que escuchar la Palabra para dejarnos guiar por su luz en el día a día de la existencia. Era el camino por el que discurrían mis sueños gracias a la inmensa creatividad de Dios.

Y así, a los veintisiete años, me lancé a la aventura con un “tal” Señor que, desde la Cruz, me había comunicado su amor silencioso, tangible e ilimitado por cada criatura. Su infinita ternura. Su mirada me había capturado y yo no podía olvidarlo. Me había seducido su gentileza. Y quería vivir como estas mujeres consideradas locas por el mundo, pero tan atrevidas, tan modernas y tan vitales a mis ojos. Era el año 2001 cuando pasé por la puerta del monas-

terio dominico de Santa María della Neve, en Pratovecchio. Llevé a todos dentro, con el deseo de entrar junto con todos en el corazón de Dios. La vida contemplativa al principio parece separarse de los afectos, pero en realidad une más profundamente a Dios y a todos sus hijos, a cada mujer y cada hombre de la tierra. Empezando por los seres queridos. Y a cada árbol, a cada flor, al cielo azul, a los ríos, al viento, a las ramas, a las hojas, a las mariposas y a las estrellas. A toda la creación.

Célula del corazón

En aquella época todavía existía la famosa reja de hierro que separaba a las visitas de las hermanas. En cambio, el monasterio es una imagen viva de esa “célula del corazón” de la que habla santa **Catalina de Siena** en sus escritos, un lugar de meditación con el Señor que toda persona debe cuidar. La religiosa necesita un espacio interior de libertad e intimidad con Dios, como toda auténtica novia. El verdadero cercamiento, dice Catalina, es “el costado de Cristo” (cf. Carta 75). Este es el gran espacio en el que se refugia la contemplativa. De allí atrae ese amor sin límites que no la cierra a los demás, sino que la convierte en un auténtico canal de vida y de gracia para todos. Un instrumento de la ternura de Dios a través de la oración.

Las monjas de Pratovecchio ya estaban experimentando “un acercamiento” a las historias de todos. Dios es un amante de la vida. La contemplativa dominica, en el corazón de la Orden y de la Iglesia, intercede por todos. Apoya la evangelización con su oración. No hemos entrado al monasterio solo para rezar. Más bien, “que habitéis

unánimes en la casa y tengáis una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios. Este es el motivo por el que, deseosos de unidad, os habéis congregado”. (Regla de San Agustín I, 3).

La comunión de vida es para nosotras una verdadera forma de objeción de conciencia contra las guerras y divisiones que hieren la historia. Intentamos vivir entre nosotras lo que soñamos para el mundo. Y nuestros pequeños gestos de mutua aceptación y amor se convierten en oración viva, intercesión continua y participación activa en la laboriosa consecución de la paz entre los pueblos. Las decisiones importantes las tomamos juntas en el capítulo, que es la asamblea de las monjas profesas solemnes de la comunidad. Este es el lugar vital donde tenemos una experiencia auténtica del Espíritu Santo. Aquí cada hermana se expresa en libertad, porque en cada una Dios coloca un rayo de su luz. Solo juntas, y con la aportación de cada uno, podremos conocer Su plan para nosotras. En el esfuerzo por escucharnos unas a otras, el Espíritu nos visita y nos sorprende, abriéndonos a perspectivas y a opciones sorprendentes. Es el camino de Dios, que va más allá de cada hermana, pero en el que cada una se encuentra finalmente. Porque “en su voluntad está nuestra paz”. (Paraíso III, 85).

Esta espiritualidad sinodal que nos transmitió Santo **Domingo de Guzmán**, fundador de la Orden de Predicadores, ya en el siglo XIII, es muy actual. No siempre es un desafío fácil y a menudo requiere mucho tiempo. Pero es una experiencia de Dios, de su presencia entre nosotros.

Mujeres de diferentes edades, orígenes, naturalezas y culturas, un día empezamos a soñar juntas con un espacio más adecuado para vivir la vida monástica en nuestro tiempo. Dejamos un antiguo monasterio en el centro de la ciudad, para construir un edificio que pudiera abrirse a lo nuevo, a la vida y a las personas, combinando sencillez, practicidad y belleza. Una estructura sin barreras arquitectónicas donde cada hermana, de cualquier edad y en cualquier condición física, pudiera seguir a la comunidad en todos los momentos y lugares de la vida cotidiana. Un lugar inmerso en la naturaleza, cuyo claustro no estaba cerrado, sino que abrazaba el horizonte porque la vida monástica nos hace hermanas de todos. Un monasterio sin rejas para poner en el centro la comunión, la hospitalidad y el ser Iglesia. Y así el Señor nos hizo “casa” donde se reúne la gente. Y, en el desafío diario de la diversidad, aprenden a respetarse y a convivir para acogernos y amarnos unos a otros.



Tras las huellas de Romero

Reina Zelaya Díaz se desgastó por los pobres del Salvador

LUCIA CAPUZZI

La tarde del 29 de noviembre de 1994, sor **Reina Angélica Zelaya Díaz** terminó de coser el vestido que al día siguiente vestiría para abandonar la congregación en la que había pasado los últimos once años: las Hermanas Pobres de San José. Lo había confeccionado con la ropa recogida para los pobres y alrededor de su cuello se puso la cruz del peregrino que había recibido en la Jornada Mundial de la Juventud en Denver. Ya estaba decidida: dejaría Estados Unidos para regresar a su país, El Salvador, donde se sentía llamada a una nueva misión. Sin embargo, de repente sus certezas parecieron desmoronarse. El arzobispo de San Salvador, **Arturo Rivera Damas**, que había aceptado acogerla y ayudarla a dar vida al nuevo instituto, había fallecido repentinamente. Cuando una hermana joven le dio la noticia, la hermana Reina se quedó sin aliento. ¿A quién recurriría ahora? ¿Con quién podría contar en un país que abandonó a los 18 años en plena guerra civil y en el que ya no tenía familia ni amigos?

En ese momento, la ocasión de volver sobre sus pasos le llegó a través de la madre superiora. “Reina, ¿y si fuera una señal? ¿Qué pasaría si Dios quisiera decirte que te estás equivocando?” ¿Cuántas veces más Reina tendría que preguntarse algo así después? ¿En cuántas ocasiones habría tenido que “buscar en su interior” para comprender si realmente seguir adelante era lo correcto, para superar el deseo de aferrarse a las propias seguridades y para reconocer si el deseo que sentía con fuerza era verdaderamente

una inspiración del Espíritu? ¿En cuántas circunstancias se habría preguntado eso mismo?

“Y todavía me lo pregunto. Siento que todavía tengo mucho que descubrir sobre su voluntad”, dice la fundadora de las Siervas de la Misericordia de Dios, una congregación salvadoreña presente también en Argentina y Honduras, que agrupa a 46 religiosas menores de cincuenta años. Reina nunca lo hubiera imaginado aquella noche en que decidió seguir la voz que le susurraba desde hacía un tiempo estas palabras: “Tengo una misión especial para ti”. “Durante mucho tiempo intenté silenciarla. No prestarle atención. Recuerdo un sueño. Esta en Satori, cerca de San Miguel, en El Salvador donde crecí. De repente vi la fachada de la iglesia y una voz me decía: ‘Reina, repara mi iglesia’”.

Estampita esclarecedora

Su significado, añade esta mujer de gran fe, le resultaría claro mucho más tarde. Cuando el 2 de diciembre de 1992, en el convento de las Hermanas Pobres de San José en Pensilvania, tras haber descubierto accidentalmente una estampita de la Divina Misericordia. Mientras recitaba la oración de la Coronilla, se rindió: “Señor, entendí que quieres algo diferente para mí. Intentaré comprender qué es”.

“Ese día hablé con la madre y de acuerdo con ella comencé un proceso de discernimiento. Necesité dos años para armarme de valor. No quería dejar a las hermanas porque me parecía una traición”, recuerda. Se inspiró en la fuerza de monseñor **Óscar Romero**, arzobispo de San Salvador asesinado →



Convento en salida

Así es la entrega vital de las agustinas de la conversión

ANA MEDINA

Las Agustinas de la Conversión nacieron en el año 2000 como un renuevo del tronco de la Orden de San Agustín. “En un orden de tanta tradición como la nuestra - explica su fundadora, la Madre Prado González - los caminos nuevos nunca lo son tanto como para ser otra cosa distinta ni tan antiguos que ya no sean necesarios. Nos sabemos y sentimos el humilde comienzo de una experiencia “siempre antigua y siempre nueva. El carisma se mantiene intacto”.

Prado entró a los veinte años en un convento de agustinas en su ciudad, Talavera de la Reina, centradas en la enseñanza, a lo que dedicó los veinte años siguientes. Comenzó una andadura espiritual tocada por la espiritualidad de la conversión y la comunión como un único camino, con una vivencia de la contemplación iluminada por las nuevas formas de vida religiosa y en profundo deseo de vivir el ecumenismo y un hondo diálogo con el mundo. Escuchada y animada por su director espiritual, pudo encontrarse más tarde con el padre general de la Orden, **Miguel Ángel Orcasitas OSA**. Fue entonces cuando se puso en marcha el proyecto, al que en aquel momento se unieron otras seis hermanas. Fueron acogidas por el obispo de Palencia en el monasterio cisterciense de San Andrés de Arroyo y Becerril de Campos. “Allí, durante doce años, en pequeña comunidad, vivimos una experiencia de gracia en la pobreza, la soledad, la oración humilde y silenciosa, el estudio profundo de la teología, la antropología, la filosofía. Nuestro fin era descubrir nuestro propio carisma dentro del agustiniano, nuestra propia espiritualidad, pensamiento, liturgia, modo de vivir...”. Así fueron creciendo, como la semilla que, aún escondida en la tierra, afianza su vida para salir a la

luz. “Apenas éramos conocidas, ni visitadas ni aplaudidas. Pero eso nos dio la libertad para escuchar nítidamente la voz del Espíritu”, afirma.

Lo que en algún momento pareció una novedad, de dudosa fidelidad al carisma, tras varios años de andadura se consolidó en una experiencia claramente agustiniana, “como ha ocurrido con las comunidades que adoptaron después del Concilio la clausura constitucional para poder ejercer la pastoral educativa o abrir una residencia de estudiantes interpretando los deseos de sus fundadores”, cuenta Prado. “Nos ayudaron los obispos de Palencia y nuestros padres generales: el padre **Robert Prevost** (hoy cardenal y presidente del Dicasterio para los Obispos) y el padre **Alejandro Moral**, así como otros sacerdotes que nos acompañaron con discreción y sabiduría”.

Retorno a Dios

La fuente inspiradora de esta reciente comunidad se halla “en la urgencia de un retorno, de una vuelta del hombre a Dios a la que queremos contribuir con nuestra vida, para hacerla posible, luminosa, fecunda”. Lo hacen dentro de la fidelidad creativa a una tradición que aporta seguridad y confianza a sus pasos. Sus claves son las de la vida religiosa: contemplación, fraternidad y apostolado, nutridas a su vez de las tres fuentes de su carisma: la Palabra de Dios, el caudal espiritual y teológico de **Agustín** y los rasgos de las Órdenes Mendicantes. “Vivimos con mucha humildad, pues sabemos que el camino está por hacer. Deseamos vivir una vida profundamente humana, totalmente empeñada en la búsqueda de Dios, en el Amor a Cristo, a su Palabra y a la Iglesia; una vida que logre transparentar la Belleza, el Amor, la Verdad y la Unidad de Dios, nuestra única posesión común”, revela Prado.

Ya constituidas como Federación de la Conversión, se definen a sí mismas como Monjas Agustinas Contemplativas con una nueva manera de vivir la contemplación y el carisma agustiniano. Reconocidas por la Orden y por la Iglesia en su novedad y fidelidad al carisma, tienen su singularidad en una clausura abierta que les permite un trabajo pastoral en el interior del monasterio y también, casualmente, fuera de él. Han fundado en el Monasterio de la Conversión, en Sotillo de la Adrada, (Ávila); en el Monasterio de la Encarnación, en Lima (Perú) y en el Monasterio de Mother Good Council, en New Lenox, Illinois (USA). Tienen también una presencia testimonial en el Camino de Santiago, en el Albergue de Santa María, en Carrión de los Condes, Palencia, y, en la actualidad, se encuentran fundando en Italia.

Como la propia Madre **Prado** explica, “nuestros Monasterios quieren ser un lugar de evangelización desde la fraternidad apostólica (han llegado a acoger a refugiados ucranianos por la guerra), desde la contemplación, el estudio y la predicación; un espacio de oración, conversión, comunión en medio del mundo, de acogida donde la búsqueda y el encuentro, el diálogo y la comunión, la liturgia, la oración y una vida comprometida con los valores evangélicos sean para el hombre de hoy una ofrenda, una propuesta, una posibilidad a través de la cual encontrar el sentido de la propia existencia, la fe, la forma de vivirla y el compromiso a que nos lleva dentro de nuestro mundo”. Para ello, realizan cada semana encuentros de espiritualidad, retiros, ejercicios, acompañamiento, campamentos...

Su día a día está marcado por la oración personal y comunitaria, el silencio,



→ por un sicario en 1980 mientras celebraba misa, compatriota y amigo de sus padres, proclamado santo por el Papa Francisco. “Sigo sintiendo esa fuerza. Poco a poco tuve claro lo que Dios me pedía: crear una congregación que fuera instrumento de su misericordia entre los más pobres, caminando junto a ellos, yendo a buscarlos donde estuvieran”.

Entre los pobres

El 30 de noviembre de 1994, Reina llegó a San Salvador con un traje hecho por ella misma y un cheque que no podía cambiar. “Fue difícil. Muy duro. Ya no era hermana de San José ni había creado una nueva congregación. No tenía dinero, ni casa, ni apoyo. Por suerte, las franciscanas y carmelitas me acogieron al principio. Pero tuve que buscar un alojamiento. Hablé con el nuevo arzobispo, monseñor **José Luis Escobar Alas**, para pedirle consejo y una carta para poder vivir en una comunidad religiosa. Pero él me animó a hacer aquello a lo que había venido: caminar entre los pobres.

Y así comencé. El 29 de junio me mudé a un gallinero que me prestó una familia de Planes de Renderos, una de las zonas más humildes de San Salvador. Durante el día iba a visitar a los enfermos a los hospitales, me quedaba con ellos, les hacía compañía. Iba a los mercados, el lugar más popular, porque, como enseña Santa **Teresa de Ávila**, ‘Dios está entre los pucheros’”, asegura.

Después de los primeros meses de soledad, llegaron las primeras jóvenes y así nacieron las Siervas de la Divina Misericordia de Dios, “aunque tuvimos que esperar antes de fundar la comunidad”. “Mientras tanto, nos comíamos el dólar de pan que nos daba una tienda y caminábamos mucho porque no podíamos pagar el transporte. En el gallinero, obviamente, no había baño así que nos lavábamos en la fuente antes de que saliera el sol para no ser vistas. El agua estaba helada, pero recuerdo lo hermoso que era encontrarnos juntas bajo un manto de estrellas. Bajo esa luz, mis dudas se disiparon: ese era mi lugar”, concluye.

Paisie, la segunda llamada

Fundó la Familia Kizito en Haití

LUCÍA CAPUZZI

En Haití, los niños están en todas partes. Un tercio de los más de once millones de habitantes tienen menos de 15 años. Nacen muchos y son aún más los que van muriendo. Mueren por la enfermedad por excelencia de la pobreza: el hambre. Son víctimas de la falta de recursos para defenderse de los frecuentes desastres naturales. Y son presa de las bandas, las más de doscientas bandas armadas heredadas de la dictadura del clan **Duvalier** que, en los últimos años, en el vacío de poder, se disputan el territorio hasta derramar la última gota de sangre. La demanda de nuevas fuerzas para reemplazar las pérdidas es continua.

Los menores son carne de cañón. Los más pequeños se entrenan para combatir. El destino de las niñas es el de sirvientas o esclavas sexuales. Pequeñas vidas presas de la guerra invisible pero sangrienta que, en medio de la indife-

rencia del mundo, desgarrar el lugar más atormentado de Occidente.

Cada vez que la hermana Paese recorría las concurridas calles de Puerto Príncipe, pensaba en el cruel destino que se cernía sobre esos pequeños cuerpos. Y no era capaz de vivir en paz. Muchas veces, le venía a la memoria un episodio de la vida de la **Madre Teresa**, fundadora de las Misioneras de la Caridad, congregación a la que pertenecía desde los 18 años.

Defender a los niños

La santa de Calcuta contaba que escuchó al Señor susurrarle: “Sé mi luz. Los pobres no me conocen y por eso no me aman. Tú, llévame a ellos”. “Fue como si esas palabras estuvieran dirigidas a mí. Solo que, en lugar de los pobres, me pidió que lo llevara a los niños de la calle de Haití”, dice sor **Paisie, Claire Joelle Phillipe**, nacida en la Lorena francesa y →

el estudio, el trabajo doméstico, las artes gráficas, la pastoral y los encuentros fraternos, también con todas las comunidades de la Federación, con quienes tienen un espacio que han llamado “Laboratorio de la Fe” (Labfe), online, y otro sobre situaciones sociales emergentes que piden su conocimiento y compromiso. Su trabajo las sostiene. Además de su compromiso pastoral con adultos, jóvenes y niños, las hermanas trabajan la artesanía en cuero, madera, la encuadernación y la expresión artística, mediante la realización de iconos, cirios, velas, tarjetas y pequeñas publicaciones. A eso se une la aportación económica de personas que las apoyan y ayudan.

El ingreso de nuevas vocaciones a la federación suele provenir del encuentro con las hermanas de la comunidad, ya sea a través de las actividades que realizan, mientras cursan sus estudios teológicos, en el Camino de Santiago (al que deben la entrada de las hermanas de fuera de España) o incluso por coincidir en una peregrinación a otros lugares o en la JMJ. “La motivación principal para entrar en nuestra comunidad, explica Prado, ha sido la búsqueda de Dios y el encuentro con una realidad religiosa espiritual atrayente porque promete un sincero encuentro con Jesucristo y con la Iglesia, en fraternidad. Los jóvenes de hoy no son indiferentes ni a la Verdad ni al Amor, ni a la búsqueda de sentido ni a la responsabilidad en la vida. Para muchas este es el drama de la vida y vienen al Monasterio hastiadas de una vida sin sentido, con muchas preguntas, carencias, deseos y llamadas a dar la vida por Cristo y todo lo que venga de Él. Entren buscando y en el Monasterio se descubren encontradas por Él”.

Por el hecho de vivir en el tiempo, se sienten llamadas a escuchar la voz del Espíritu, despojándola de “algunas de las vestiduras de la historia que hoy puedan ya no tener valor o puedan y deban ser leídas desde otros ángulos y vividas de otros modos”, explica.

En la época colonial, surgía en Argentina la figura de una mujer laica que decidió dedicar su vida a mantener viva la llama de la Compañía de Jesús. En una noche oscura de 1767, los jesuitas eran brutalmente expulsados de América del Sur, de las misiones de Santiago del Estero y Córdoba, en el virreinato del Perú. Los jesuitas eran encadenados como delincuentes y conducidos al exilio en carretas desvenecijadas. La tradición cuenta que **María Antonia de Paz y Figueroa** fue testigo de aquellos violentos arrestos llevados a cabo por soldados de la corona española por orden del rey **Carlos III**. En ese dramático momento, un sacerdote jesuita entregó a María Antonia su capa negra, emblema de la Orden Ignaciana. Este gesto simbólico de investidura definió el futuro de esta mujer de origen aristocrático.

María Antonia nació en 1730 en Villa Silípica, en la provincia de Santiago del Estero. Era hija de un encomendero, importante terrateniente a quien el virreinato español había otorgado territorios con la tarea de administrarlos, evangelizar y proteger a la población local, compuesta por indios y esclavos africanos de su propiedad. Desde niña, María Antonia vio el maltrato que recibían los indios y esclavos en la encomienda y el dolor de estas personas se volvió insoportable para ella. Con 15 años decidió abandonar las comodidades de la familia, para gran decepción de su padre, que había pensado en un futuro para ella como esposa de un colono rico o en el monasterio. Rompió con su familia e ingresó como beguina (laica consagrada) en la beatería jesuita de Santiago del Estero, una comunidad de mujeres que atendían a los necesitados. Se ocupaba de los huérfanos y de las mujeres entregadas por sus familias para evitar escándalos por sus conductas licenciosas o embarazos ilegítimos. Allí permanecían bajo custodia mujeres delincuentes y prostitutas. En soledad, hizo votos de castidad y pobreza.

Su estancia allí duró veintidós años durante los que recibió una sólida educación gracias a las enseñanzas de los misioneros. Obtuvo un gran regalo: los sacerdotes le enseñaron a organizar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, tesoro de la Compañía de Jesús. La expulsión de los jesuitas de América dejó un vacío insustituible porque las misiones habían sido un punto de referencia para la población local. El único consuelo que quedó fue



Mama Antula, la santa argentina

La laica consagrada ha sido canonizada por Francisco

María Antonia que desde entonces se llamó Mamá Antonia, **Mama Antula** en la lengua quechua de los indios.

Se prohibió la palabra jesuita y se prohibió cualquier actividad relacionada con la Compañía. Mama Antula, después de un año de reflexión y discernimiento, decidió no obedecer las órdenes del rey Carlos III y del Papa **Clemente XIV** y proponer nuevamente los Ejercicios Espirituales para mantener viva la obra de los padres jesuitas. Su propia vida corrió peligro al hacerlo. Encontró la complicidad de un obispo que le concedió permiso para organizar los retiros. Y aquí cobra sentido su actividad como fundadora.

Actividad ilegal

Reunió un grupo de beguinas y juntas y emprendieron esta “actividad ilegal”. En las cercanías de Santiago del Estero fundó pequeñas casas para Ejercicios y organizó minuciosamente esta práctica que incluía una estancia de ocho días, con comida y alojamiento, sustentado gracias a limosnas, para las que también pedía permiso. En poco tiempo los Ejercicios se extendieron más allá de la zona natal de Mama Antula.

La actividad de la “refundadora” de la orden jesuita fue incesante, imparable. Cada vez más gente quería participar, por lo que Mama Antula tomó una decisión ambiciosa: dirigirse a Córdoba y luego a Buenos Aires, capital del nuevo virreinato del Río de la Plata. En la ciudad porteña habría fundado una casa de Ejercicios Espirituales que permanecería en el tiempo, a la espera del regreso de los padres jesuitas. Rezó por el regreso de la Compañía de Jesús, en particular invocó a San **José**, ofreciéndole una misa cada 19 de mes. Extremadamente devota del padre adoptivo de **Jesús**, decidió llamarse **María Antonia de San José**. Permaneció en Córdoba dos años e hizo grandes amistades, como el político **Ambrosio Funes** que le permitió retomar el contacto con el jesuita **Gaspar Suárez**, su compatriota, exiliado en Faenza en territorios vaticanos. Este encuentro marcó un punto clave en la reconstrucción de la historia de Mama Antula, gracias a la correspondencia de los tres amigos.

Mama Antula, acompañada por sus compañeras, caminó descalza durante 4.000 kilómetros, entre las salinas, los bosques frondosos, los cerros de la Pampa y las lla-

nuras interminables, hasta llegar a Buenos Aires. Cuando entró en la ciudad tenía las ropas rasgadas e iba descalza, con una gran cruz y un manto negro lleno de zarzas. La gente la miraba con desprecio, algunos despotricaban contra ella y le tiraban piedras y barro. Con sus compañeras se refugió atemorizada en la primera iglesia que encontraron, la modesta parroquia de La Piedad. Aquí se sintió en paz y pidió protección a la Madre del Calvario. Inmediatamente sintió un cariño especial por aquel lugar y en su testamento decidió que allí reposarían sus restos. A los tres días se presentó ante el obispo **Malvar y Pinto** para pedirle permiso para impartir los Ejercicios Ignacianos en Buenos Aires. No dio una buena impresión al prelado que la despidió sin concederle el permiso.

Mezclar todas las clases

Pese a ello, Mama Antula no se desanimó y al cabo de nueve meses pudo fundar la primera casa. Era pequeña, insuficiente para todas las solicitudes de participación, para lo que siempre invocaba a la Abadesa –la Virgen de los Dolores– y también a **Manuelito**, el Niño Jesús. Después encontró una casa más grande y pudo albergar a seminaristas, políticos y hasta a la vicerreina del Perú. En aquella época ricos y pobres nunca se reunían en retiros, pero Mama Antula consiguió que todas las clases sociales se mezclaran. Ése era su sello. Grandes damas servían comida a las esclavas y todos dormían en catres o colchones en el suelo.

María Antonia tenía dones que se reconocen en los santos, como la bilocación, la premonición, la multiplicación de sustancias como la cera de las velas, la comida o el agua. En 1795 puso la primera piedra de la Santa Casa de Ejercicios Espirituales. Acogió en Buenos Aires a 70.000 participantes, entre ellos los padres de la patria argentina, quienes en su casa concibieron las ideas revolucionarias que condujeron a la emancipación del imperio español y a la construcción de la República Federal en 1810. Mama Antula está considerada como la madre espiritual de la patria. Fundó la devoción a San **Cayetano**, el santo de la paz, el pan y el trabajo.

Murió el 7 de marzo de 1799, a los 69 años. La congregación de las Hermanas del Divino Salvador nació tras su muerte, pero Mama Antula es su fundadora. El Papa Francisco aseguró que esta mujer vale oro y ha querido que su historia no caiga en el olvido. La canonización el 11 de febrero de 2024 da a la Argentina su primera santa, laica, indomable y de espíritu jesuita.

→ residente en la isla desde 1999. “Al final no pude ignorar su petición y hablé de ello con mis superiores. Pensaba, esperaba, poder hacer algo al respecto dentro de la congregación. Pero juntas entendimos que no era posible ya que esta última se dedicaba a tiempo completo al cuidado de los enfermos. Comencé entonces un camino de discernimiento a través de los ejercicios ignacianos. Y entendí que el Señor me pedía ser libre para seguir su segunda llamada. No fue fácil llegar a esta conclusión. Estaba segura de que **Jesús** me pedía que hiciera algo por los niños de la calle. Pero no estaba segura de que dejar las Misioneras de la Caridad fuera la elección correcta. La sola idea me asustaba”.

Cuesta creer que esta mujer capaz de trabajar en los barrios marginales de Cité Soleil y Martissant bajo el fuego cruzado de las bandas, pudiera tener miedo. La gente está acostumbrada a ver a **Maman Soleil**, como la apodan, cruzar las fronteras infranqueables del conflicto entre bandas con la cabeza en alto para rescatar a sus hijos. “No soy nada valiente –dice con una sonrisa en su dulce rostro–. Él es quien me lleva a donde Él quiere. Y fue así también aquella vez. El Señor no solo me hizo entender que tenía que confiar en Él. Me dio la gracia de poder confiar. El momento más difícil fue contárselo a las hermanas. Algunas lo entendieron, aunque les diera pena. Otras no lo comprendieron. Pero repito, tuve que hacer su voluntad”.

En 2017 nació la Familia Kizito, que lleva el nombre de un joven de catorce años mártir en Uganda. El 3 de junio de 2018 recibió la aprobación como Pía

asociación de fieles, el primer paso hacia la creación de una nueva comunidad religiosa a nivel diocesano. Sor Paisie empezó sola en Village de Dieu, en el corazón de Martissant, donde puso en marcha el primer embrión de una escuela pocos meses antes de que la banda de **Johnson Alexandre**, alias **Izo**, lanzara su ofensiva. Y continuó con su proyecto mientras se libraba la batalla. Otras cinco jóvenes haitianas se unieron a la religiosa en su misión de proteger a los niños abandonados. “¿Cómo defendemos a los niños? Dándoles clase”.

Huir de las bandas

No es fácil en Haití, donde más del 80 por ciento de las instituciones son privadas y los honorarios oscilan entre los cien y los mil dólares. A esto se suman a la matrícula, los libros, los cuadernos y los uniformes. Por lo tanto, casi la mitad de los menores ni siquiera asisten a la escuela primaria. Para ellos son las seis escuelas creadas por la Familia Kizito en el frente de Martissant y Cité Soleil. “Acogemos a chicos de entre 8 y 18 años que nunca han entrado a un aula porque son demasiado pobres. Los mismos que las pandillas intentan reclutar. La escuela les ofrece un escudo”.

Las propias pandillas lo entienden. “No son para nosotros”, dicen cuando los ven uniformados”, explica. También cuentan con cinco refugios para niños sin familia y para las cada vez más numerosas niñas que huyen de los jefes de las bandas. Unos 2.700 niños han sido salvados de las pandillas. Maman Soleil, sin embargo, no descansa. “Todavía hay muchos, demasiados, a los que les acecha la oscuridad”, lamenta.





La hermana Roberta Vinerba comenta el Evangelio en televisión

Una historia de conversión

MONICA MONDO

Roberta Vinerba es una mujer de carácter, alegre y decidida, profunda y libre. Es monja, teóloga y enseña en el Instituto Teológico de Asís, que también dirige. Fue cantante de piano bar, voz de una banda de jazz a la vez que soprano en un coro polifónico, y dio conciertos por media Europa. No soportaba a la Iglesia y procede de una tierra imbuída de franciscanismo con una sólida tradición anticlerical a la vez. En bachillerato estudió en el Instituto Técnico Biológico porque amaba las ciencias que curan al hombre y, por eso mismo, también amaba la literatura.

Mientras esperaba para matricularse en la facultad de Química, fue admitida en el Conservatorio y, para mantenerse, trabajó en el periódico regional *Corriere dell'Umbria*. A los 23 años era directora de ventas y abría oficinas en todo el centro de Italia. Detrás de su aparente éxito se escondía mucha inquietud. En esa incertidumbre apareció Dios y su creatividad. Por entonces, esta mujer brillante, que triunfaba en todo lo que se proponía, solo se vestía de negro, buscaba ayuda en la psicoterapia y desahogaba su ira en colectivos feministas y políticos. Eran los tiempos de eslóganes como “mi cuerpo es

mío” o “abajo el sistema”. Aunque a ella, lo que verdaderamente le interpelaba era la cuestión de la muerte, donde la razón no podía satisfacerla con ninguna respuesta.

En 1987, su hermana mayor le presentó a un sacerdote, su párroco. Y, al conocerlo, rompió a llorar, avergonzada, “¡como si fuera una niña pequeña!”. En ese momento cree que el Espíritu Santo tocó su corazón desencadenando una lucha cuerpo a cuerpo con **Jesús** y con la Iglesia, que siempre le han parecido inseparables. El combate duró dos años.

Enamorarse de dos ojos

Renunció a su trabajo, dejó Florencia y regresó con sus padres. En un retiro espiritual, una frase le impacta, “hay que enamorarse de dos ojos”. Y se enamoró de Jesús, una persona a quien amar, con quien desposarse en la dinámica más humana del amor. En 1992 se consagró. En realidad, hubo algunos signos en una adolescencia turbulenta. La religiosa, que ahora tiene 59 años, recuerda una voz cuando solo tenía 13 años que le decía claramente “te convertirás en religiosa y franciscana”.

Roberta, conversa, estaba convencida de que debía recluirse. Fue su obispo, el cardenal **Ennio Antonelli**, quien entendió que debía hacer algo diferente con la energía y la donación total de aquella mujer.

Pensó en una consagración franciscana al servicio de la evangelización de la diócesis mediante votos religiosos. Franciscana porque ella es de Umbría y, sobre todo, por su obediencia a la Iglesia. Era lo más difícil, “y sin embargo él, pobre y desnudo, es abrazado por el obispo y esta es la imagen de mi propia vida”. La obediencia se convirtió en una aventura. ¿Pero monja franciscana, sin convento? Hay otras mujeres que ya han vivido con esa regla a lo largo de la historia. En la Iglesia primitiva había mujeres que obedecían a los obispos viviendo en la realidad de la diócesis, de las parroquias.

Vinerba estudió teología y encontró muchas similitudes en la literatura que siempre le gustó, por ejemplo, la respuesta al grito del hombre a lo largo de su historia. Desempeñó la labor de trabajadora social con pacientes de SIDA: “A mi lado falleció el primer niño de SIDA en Perugia”.

Pero lo más extraño aún es que esta religiosa tan racional, culta, acostumbrada a la química —y, como persona inquieta, a sondear cada pequeño trozo de realidad— se haya vinculado a uno de los movimientos que se suele considerar más irracional como es la Renovación en el Espíritu. “Durante dos años fui a sus oraciones diciéndome a mí misma que yo no era como ellos”. Estaban en su pa-

rrouquia. Tras profundizar en San Pablo, entendió que una cosa es la razón y otra el racionalismo. La razón debe detenerse y abrirse a la libertad del Espíritu. Por eso, destaca que “la Renovación no es un movimiento al que inscribirse, sino que es una experiencia ofrecida, una propuesta de gracia al servicio de la Iglesia”. “En las oraciones comunes, llamadas oraciones de curación, se sana verdaderamente porque se ven hermosas historias, matrimonios reconstruidos, vidas cambiadas y hombres y mujeres endurecidos que regresan a los sacramentos”, dice.

Como le pasó a ella. Que odió a la Iglesia y a su Papa hasta el punto de romper a llorar por el disparo fallido de Ali Agca a Juan Pablo II. Pero luego, estudió a Ratzinger, su pensamiento y su visión: “Enseguida bebí cada palabra suya”. Y gracias a Ratzinger volvió a Juan Pablo II y se sumergió en la encíclica *Veritatis splendor*. Para ella es “un hito en mi viaje teológico. Yo, que buscaba la libertad a toda costa, encontré allí la libertad cristiana, que es la obediencia a lo que buscaba, la verdadera respuesta a la pregunta por el sentido”.

Una llamada

En Tor Vergata, en la JMJ del Jubileo del 2000, vivió una llamada dentro de la llamada cuando Juan Pablo II dijo: “Veo en vosotros a los centinelas del mañana”. “Fui de las primeras en entrar a la basílica cuando murió y expusieron su cuerpo. Le pedí perdón. Fue un *kairós*”, recuerda. Hoy la parroquia de Perugia en la que trabaja Sor Roberta está dedicada a San Juan Pablo II. Es una comunidad luminosa y viva con muchos jóvenes a los que acompañar en su camino de fe. La evangelización, la pastoral, el estudio y la enseñanza son su vocación.

Sus alumnos son candidatos al sacerdocio, a la vida religiosa y muchos laicos que se preparan para ser profesores de religión. Son hombres y mujeres que buscan sentido y fundamento para su fe, “porque

quien está interesado en ciencias religiosas desea entrar en diálogo con las cuestiones más serias y profundas”, explica.

Más laicos y menos religiosos. La crisis de vocaciones se hace sentir y no basta apelar al dramático descenso demográfico.

“Pero donde hay un anuncio verdadero y constante de la palabra de Dios, llegan las vocaciones. Cristo está siempre vivo y, por eso, es imposible que ya no llame. Quizás haya poco anuncio y predicación que no abra los cielos a nuestros hermanos”, asegura.

“¿Por qué hacerse sacerdote o monja? ¿Para hacer buenas obras?”, preguntamos.

“Para tener la respuesta a la pregunta última, la muerte. Cristo venció y por eso vale la pena seguirlo. Me convertí por eso, porque creo porque existe el Cielo. ¿Por qué comportarse bien si no hay algo que explique el bien?”, se pregunta en su respuesta.

Le pregunto si realmente el anuncio de Cristo puede pasar también a través de las redes sociales, dado que las usa para proponer oraciones, conversar, ofrecer encuentros o reflexiones sobre la realidad. También lo hace en radio y televisión. En el programa de televisión *Sulla Strada*, de TV2000, comenta el Evangelio dominical. Es la primera vez que se ocupa de ello una mujer en la televisión de los obispos italianos. De nuevo, sor Roberta Vinerba es la protagonista de una novedad. Así, las redes sociales se hacen útiles como todo medio de comunicación, dado que necesitamos comunicar el Evangelio. Y la Iglesia ha sido pionera en los medios de comunicación desde el Papa León XIII que por primera vez hizo oír su voz a través de un micrófono. “Por supuesto, hay que elegir cómo. No todas las plataformas son adecuadas porque la fe, desde los primeros amigos de Jesús como Andrés o Juan, se comunica por atracción, por contagio. Alguien que tiene alegría de vivir te convence”. Y ella lo consigue porque su alegría rebosa.



Clelia Merloni

Cuando tenía 33 años, Clelia Merloni (Forlì, 10 de marzo de 1861–Roma, 21 de noviembre de 1930) vio en un sueño la ciudad de Viareggio, que no conocía. Después, decidió viajar allí el 24 de abril de 1894 con su amiga Elisa Pederzini. A ellas se unió Giuseppina D'Ingenheim. Serán las tres primeras Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús, cuya misión es la caridad, junto a la capacidad de perdonar.

Hija única de un rico industrial que quería un matrimonio y una vida lujosa para ella, Clelia Merloni optó por hacerse monja y después de su experiencia en un par de congregaciones, fundó un nuevo instituto de religiosas consagradas al Sagrado Corazón de Jesús dedicado a los pobres, los huérfanos y los abandonados, con especial atención a las mujeres y a la conversión de los pecadores. Tenía también un motivo especial: la salvación del alma de su padre, ateo y masón, que se convirtió en su lecho de muerte y que la dejó heredera de un gran patrimonio que ella puso totalmente a disposición de la comunidad.

No tuvo una vida fácil como religiosa. En tres años, el sacerdote administrador derrochó casi todo y huyó a Francia con el resto del dinero. Ella asumió la culpa y fue destituida para ser reincorporada y destituida nuevamente en 1911.

Repetidos malentendidos por parte de las autoridades eclesiásticas y de la Congregación que ella misma había fundado la llevaron a abandonar su instituto que la marginó durante años. Regresó allí en 1928, ya anciana y débil, viviendo en una habitación alejada de la comunidad. Es beata desde el 3 de noviembre de 2018.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento